

Capítulo 1

Diciembre de 2018. Nochevieja.

El silencio sepulcral inundaba la calle, húmeda debido a la ligera llovizna que no cesaba desde hacía horas. A cada charco, el reflejo de las farolas dotaba al ambiente de un tono anaranjado, casi melancólico.

«Todos celebran el final de un año horrible... y el inicio de uno peor, seguro».

El vaho ascendía por el rostro de Kanon con cada exhalación, rozándole la piel sonrosada debido al frío. Caminaba cabizbaja y su flequillo recto casi le tapaba la vista.

«Yo solo celebro el hermoso silencio de esta noche. Nada más».

Giró la esquina, aún con la mirada saltando del suelo a los charcos, a sus Converse color blanco y negro... y, entonces, lo percibió. Un tono anaranjado en el reflejo del agua, más intenso que la luz de las farolas. Levantó la vista con lentitud, sin frenar el paso y sintiendo la punta del cabello rozarle los hombros. Por fin, el pie izquierdo se detuvo en seco a la vez que se introducía de lleno en un bache repleto de agua sucia. En sus ojos negros, profundos, la imagen del fuego. Las ascuas que observaba, atónita, contrastaban con el frío helado del calcetín absorbiendo el agua del charco. Las llamas se apoderaban de una de las ventanas de la fachada. Una

ventana que daba a una habitación. Una habitación que estaba en su casa, la casa en la que dormía su padre.

El labio inferior se le descolgó a la vez que los dedos, dejando caer al suelo la bolsa con comida china.

El humo ascendía, grisáceo, hacia un cielo que, de pronto, estalló en multicolor. El silencio que dominaba el lugar hasta hacía unos segundos fue roto por las explosiones festivas, por los petardos y por la voz desgarradora de una joven de ojos rasgados, Converse y flequillo desordenado llamando a su progenitor a gritos.



—*Otōsan*... —Así era como se refería a su padre en japonés.

—¿Señorita Kanon?

Aquella voz masculina la trajo de nuevo al mundo de la consciencia. Nada más abrir los ojos, un resplandor blanco la cegó. Tras parpadear un par de veces, comenzó a distinguir líneas y formas. Luz fluorescente, paredes blancas... La figura de un hombre se fue haciendo cada vez más nítida.

—Dónde... —Notó la garganta terriblemente reseca. Apenas salían sonidos de su boca. Carraspeó—. ¿Dónde estoy?

—Se encuentra en el hospital. Sufrió un colapso fruto de la conmoción. Por fortuna, uno de sus vecinos la sacó a tiempo del lugar, así que la cantidad de humo inhalado no fue demasiado grande.

—¿Humo?

—Veo que no lo recuerda... Hubo un incendio en su casa.

De pronto, la mente se le llenó de imágenes anaranjadas, del sonido de un crepitar constante, de las explosiones lejanas de fuegos artificiales, del aroma a humo y del sabor a hollín en la boca. Levantó las manos, horrorizada: las tenía vendadas y muy doloridas.

—Sufrió quemaduras al intentar entrar en la habitación de su padre.

—¿Dónde está? Mi padre... ¿Está aquí, en el hospital?

El hombre la observó en silencio durante unos segundos eternos. Su mirada parecía inexpresiva, sin embargo, la joven

percibió un ligero toque de acusación e incredulidad en esos ojos oscuros.

—El señor Suárez ha fallecido —se limitó a decir.

De nuevo, el silencio. La muchacha no lloró, pues nunca podía delante de desconocidos. Una capa de líquido lagrimal le cubrió los ojos a la vez que estos enrojecían. El escozor en las manos aumentó, por lo que se las frotó de manera inconsciente.

—*Ma... Masaka...* —susurró, por fin, para sí misma, tras lo cual se limpió la nariz con el exterior de la mano.

—¿Perdón? —aunque el hombre la escuchó perfectamente, no entendió aquella expresión japonesa traducible, más o menos, como un «no puede ser».

Ella se limitó a cerrar los ojos y negar con la cabeza.

—¿Dónde se encontraba usted cuando se inició el incendio?

Abrió los ojos y giró la cara hacia el hombre. Hasta entonces, no lo había detallado. Llevaba una chaqueta azul oscura y, en el pecho, el símbolo de la Policía Nacional.

—¿Policía?

El aludido asintió. En ese momento, se abrió la puerta de la habitación: una mujer de mediana edad con la misma chaqueta azul oscuro.

—Veo que ya ha despertado. Soy la agente Sánchez.

—Su compañero no se ha presentado. Mi nombre seguro que ya lo conocen.

—Soy el agente Romero —anunció él—. ¿Le importaría contestar a mi pregunta, por favor?

Lo observó con los párpados pesados y los ojos aún rojos. Por fin, respondió:

—Salí a comprar la cena.

—¿En plena Nochevieja?

—Sí, en mi familia no celebramos la Navidad. ¿Algún problema con ello?

Ambos agentes se miraron, mas no replicaron.

—¿Dónde compró la comida? ¿Hay testigos que puedan corroborarlo?

—Por supuesto, fui al restaurante chino que está a cuatro calles de mi casa. Gran Muralla creo que se llama...

—¿Cree?

Silencio.

—No entiendo por qué me están preguntando todo esto. ¿Acaso me consideran sospechosa de algo?

—De momento, solo estamos haciendo las preguntas de rigor en estos casos. Se trata de un procedimiento estándar. ¿Por qué difiere su apellido con el de su padre? ¿Es adoptada o se cambió el apellido? ¿Puede ser que mantuviera una mala relación con él?

Se incorporó un poco, con el ceño fruncido en un gesto de incredulidad e indignación. El dolor de las quemaduras de las manos ascendía, imparable.

—¿Se supone que esas son preguntas de un procedimiento estándar? Nací en Japón —mintió—, allí las costumbres son distintas. Me pusieron el apellido de mi madre porque su prestigio era mayor, solo eso.

—¿Dónde está su madre?

La mirada se le tornó oscura, con intensa tristeza, casi en mayor grado que al conocer la muerte de su padre.

—No tengo madre...

—Sea más clara.

—Mi madre nos abandonó cuando yo tenía ocho años; y escuchen, no pienso seguir contestando sus preguntas. Exijo que me expliquen qué ocurre, está claro que esto no tiene nada de estándar.

El hombre cerró la libreta donde apuntaba todas las respuestas de la joven.

—Tenemos indicios suficientes para creer que el incendio no fue fortuito. Quisieron hacerlo parecer un accidente, pero de una manera bastante... cutre, por así decirlo.

—¿Quiere decir que... alguien incendió mi casa?

—Sí. ¿Tenían problemas con algún conocido o vecino? ¿Se le ocurre quién podría intentar asesinarlos?

—No... No conocemos a nadie. Tampoco teníamos muchos amigos, ni enemigos, claro. Somos muy poco sociables, apenas hemos saludado vagamente a ciertos vecinos. No se me ocurre nadie

que quisiera hacernos tal cosa... —Se peinó el flequillo hacia atrás, si bien le cayó de inmediato en la frente, otra vez—. ¿En qué se basan para pensar que fue un asesinato?

—En el interior del inmueble se encontraron restos de pirotecnia... —intervino por fin la agente Sánchez.

—No es posible, como les he dicho nosotros no celebramos el año nuevo ni la navidad en general. No teníamos fuegos artificiales en casa.

—Ese dato es importante —la mujer le hizo un gesto a su compañero para que lo apuntara—. Aunque quisieron presentar la escena como un accidente provocado por pólvora, lo cierto es que encontramos restos de otra sustancia inflamable por toda la casa. De momento, se está investigando el tipo de combustible en concreto que se usó.

—Además —el agente Romero retomó la palabra—, el cuerpo yacía en una postura demasiado cómoda y tranquila sobre la cama. No la de una persona que ha perdido el control de su pirotecnia ni la de una que intenta apagar un fuego, obtener oxígeno en medio del humo tóxico o huir. Más bien, la de alguien que dormía de manera plácida o que fue drogado...

—¿Drogado? Cuando salí de casa, se había ido a la cama un rato. Dijo que estaba cansado y no había comido nada raro ni salido de casa en varias horas... En la autopsia se podrá confirmar si fue así, ¿no?

—Exacto. Hemos terminado con las preguntas, de momento. Gracias por su colaboración, la mantendremos al tanto de cualquier avance.

Abandonaron el lugar. Y, de pronto, se encontró muy sola. No simplemente en la habitación, ni en el hospital... Sola en el mundo entero. Todo cuanto tenía —su padre, su casa— había desaparecido.

«¿En qué momento ocurrió todo esto? Tendría que haberme muerto con él...».

Se acurrucó en la cama con las piernas flexionadas y se agarró el flequillo hacia atrás con las manos vendadas, desesperada. Hacía todo lo posible por ignorar el molesto dolor de las quemaduras...

«¡Álex!», gritó en su mente, tras lo cual buscó el móvil con la

mirada por toda la estancia, sin éxito. Se sentó en la cama y comenzó a rebuscar en los cajones de la cómoda junto ella. Por fin, halló el Xiaomi. Al encenderlo, recibió las notificaciones: veintitrés llamadas perdidas y todas del mismo número. También cuarenta y nueve mensajes de Whatsapp del mismo contacto. El último de ellos, hacía tan solo tres minutos: «¡Kanon, dime algo!». Pulsó la tecla de llamada con el labio, pues las vendas de los dedos le impedían manipular el panel táctil con normalidad.

Miércoles, 2 de enero del 2019

Kanon entró en la casa, rodeada por el brazo de Álex. Tras tres años de relación, su novio era todo cuanto le quedaba. Ambos habían sacado el tema de vivir juntos varias veces, pero a Kanon no la convencía del todo la idea. Prefería esperar a que le pidiera matrimonio, a que demostrara que quería ir en serio con ella. Comprometerse a pasar la vida uno al lado del otro. Eran sus férreos principios japoneses, pero también era que no quería abandonar a su padre del mismo modo que había hecho aquella mujer a la que no le gustaba llamar madre.

—Estás en tu casa, haz lo que quieras. Si te apetece cambiar cosas de sitio, si quieres pintarla... Ahora es tu hogar, nuestro hogar.
—El chico, tres años mayor, la besó en la coronilla.

—Gracias... ¿Te importa que me vaya a la cama? Necesito dormir y olvidar estos dos días, aunque sea por una hora.

—Claro. Necesitas descansar. *Aishiteru yo, Kanon-sama*.

Hubo un intento de sonrisa por primera vez desde el incidente. Aunque se lo había explicado varias veces, Álex no dejaba de usar la fórmula «*Kanon-sama*¹», pese a lo extraño, cursi y arcaico que sonaba en el japonés actual.

—Yo también te quiero, Álex.

Cuando por fin se vio sola en la habitación, se agarró del pelo con fuerza, odiándose a sí misma por no llorar cuando su padre había muerto de aquella manera tan horrible. Como pudo, se vistió con una camiseta y un chándal, ambos de su novio, y se metió en la cama. Sacó el móvil y, tras mirar la hora, lo llevó debajo de la almohada para guardarlo, con tan mala suerte que cayó por el borde del colchón, entre este y el cabecero. El ruido estrepitoso le advirtió de que había llegado hasta el suelo.

Aunque desganada, se levantó y apartó la cama de la pared lo suficiente para meter la mano y buscar a tientas el móvil. Sus dedos, aún vendados, dieron con algo duro y sólido. Desde luego, con aspecto de teléfono. Sin embargo, se enredaron al mismo tiempo con

¹ «-sama» es una partícula honorífica de más alto rango. Se adjunta, entre otros, a los nombres de los miembros de la familia imperial japonesa.

algo de forma muy diferente. Extrajo con esfuerzo la mano quemada y se quedó mirando lo que había rescatado de debajo del somier. Lo soltó todo, agitando los dedos con asco, asombro y horror, como si acabara de recoger el cadáver de una rata. El rostro se le ensombreció y la mirada se le llenó de líquido lagrimal de nuevo. Sin embargo, no expresaba tristeza. No, más bien, expresaba rabia, ira, odio. Cerró los ojos y se cubrió el cuerpo entero con el edredón de color negro.

Oscuridad... Oscuridad e inconsciencia.